

## V

## EL JURAMENTO DEL SHAIFF

¡Qué emoción tan intensa la que produjo el narrador con sus últimas palabras entre los reunidos en el salón de la vizcondesa!

— ¡Muerto!... ¡Muerto el shaif! — murmuró Yvona de Eparville.

— Por Dios, hija, no palidezcas de ese modo — le dijo al oído su amiga Amy. — Tú novio te mira y tu tía te va á echar un sermón, como si lo viera.

Y es que la pobre muchacha había experimentado tan penosa sensación al oír las últimas frases pronunciadas por el interesante narrador, que en realidad hubo de palidecer intensamente.

No era ella sola sin embargo la única que se interesaba por el héroe de aquella tremenda aventura; todos los circunstantes estaban asimismo dominados por una profunda emoción.

— ¡Muerto! — se oía repetir á algunos.

— ¡Había muerto Ali-Akmet!...

La gruesa baronesa, incapaz de traducir en palabras de conmiseración la fuerza de sus sentimientos, sacó ostensiblemente el pañuelo.

El único que no parecía compartir la general emoción era el conde de Corpo-Santo. Antes al contrario, sin

preocuparse de la mirada un si es no es fulminante que le lanzara la vizcondesa, dióse á reír ruidosamente y exclamó en tono de zumba:

— ¡Cuidado si son impresionables las mujeres! ¡Buen éxito, doctor!... De ilusión, sí, pero éxito, después de todo. ¡Claro! con esa palabra vibrante y ese acierto para pintar las escenas ha entusiasmado usted á estas señoras hasta el punto de hacerles olvidar que al principio nos dijo usted que el shaif estaba camino de Francia.

— ¡Pues es verdad! — exclamaron varias voces.

— Y si ese digno jefe viene acá para dar con su adversario de la bahía de las perlas, — continuó diciendo Corpo-Santo — es prueba de que su vitalidad es admirable.

Al oír esto los colores volvieron á las mejillas de Yvona.

— Nada más lógico ¿sabe usted? — aseguró la de Lampessadas haciendo desaparecer el pañuelo que le resultaba inútil.

Lo dicho por el conde no tenía vuelta de hoja; pero su observación probaba una de estas dos cosas: ó que estaba muy al corriente de lo ocurrido en la India, ó que había prestado al relato del doctor una atención extraordinaria. Cuanto á la indiferencia de que daba pruebas podía interpretarse no como tal indiferencia sino como molestia por verse relegado á segundo término en su calidad de narrador, molestia tanto más natural cuanto que no se desciende de un trono sin alguna amargura.

En realidad su indiferencia no era más que fingida y los ojos escrutadores de Amy de Kerbiroet habían descubierto la ansiedad que dominaba al prometido de Yvona, quien aunque otra cosa pretendía hacer creer, era uno de los más emocionados de la asamblea.

Cuanto al doctor A... después de humedecer los labios en una taza que, ¡honor insigne! le tendiera la propia mano de la vizcondesa, continuó de este modo:

— No, señoras, el shaif no había muerto, pero no le faltó mucho. Los hermanos de la concha del poblado de Adam encontraron al siguiente día por la mañana en la arena de la playa el cuerpo exangüe de su jefe y el cadáver de un tiburón, de un tiburón, señoras... ¡de uno solo!

Tal vez no comprenden ustedes todo lo que encierra de horrible esa frase. Para que lo comprendan es preciso que sepan que el mar tiene en todas partes las mismas costumbres. No puede soportar ninguna corrupción y escupe invariablemente hacia la orilla los detritus que lo cubren, sin excluir á los cadáveres, que sufren la ley común. He dicho que en aquella ocasión arrojó á la costa un solo tiburón. Quiere esto decir que al pedir socorro el capitán de los Cristal-Daggers no tuvo otra intención que la de hacer creer á Ali-Akmet, quien se batía con un escualo, que él, á su vez, luchaba con otro; y en vez de luchar, lo que hacía era esperar tranquilamente para poder atacar fresco y reposado al infeliz Ali, rendido por su lucha feroz con el monstruo.

De este hecho, que revela una cobardía extraordinaria, no tuvo noticia Ali-Akmet hasta mucho más tarde.

Cuando sus amigos lo encontraron en la arena, su cuerpo, de un blanco de marfil parecía no contener una sola gota de sangre tan grande hubo de ser la hemorragia causada por su herida del cuello, que le llegaba de una oreja á otra.

— ¡Qué horror! — interrumpió de nuevo la baronesa. — ¿Pero cómo es posible producir con un cuchillo de cristal una herida semejante? No es creíble; sabe usted?

— El capitán, señora, no se sirvió del Cristal-Dagger para herir á Ali. Este, un segundo antes de perder el sentido, y á la claridad de un relámpago vió ó creyó ver brillar en la mano de su desleal adversario la ancha hoja de uno de esos cuchillos mexicanos á los que se ha dado el nombre de navajas. Eso explica que el capitán conservase su cinturón.

Por desgracia para este el shaif debía volver á la vida. Los malabares del poblado de Adam tienen un maravilloso conocimiento de los simples, gracias al cual comenzaron por dar un simulacro de existencia á lo que era casi un cadáver y luego se consagraron á devolverle las antiguas fuerzas vitales.

Era tan atrevida aquella curación que ningún médico de Europa se hubiese decidido á intentarla. Pero los negros no tienen ninguno de esos temores, tan funestos para la ciencia, que dominan á nuestros galenos y entre

los que hay que poner en primer término el cuidado de su reputación personal como tales médicos, y se decidieron á todo, consiguiendo que cinco meses después de su combate al « requiem » diese Ali sus primeros pasos, vacilantes como los de un niño. Pero poco á poco volvió la salud y con ella la vida, y cuando se creyó bastante fuerte para soportar un choque, quiso saber lo que había sido de las dos prisioneras de los gentileshombres del estilete.

Nadie sabía nada acerca de las dos desdichadas mujeres.

En vista de ello, el shaif, á la cabeza de un puñado de hombres se internó en la isla, con objeto de cumplir los tres juramentos que se hiciera á sí mismo. Había pensado, en primer término, apoderarse del capitán de los Cristal-Daggers para juzgarle con arreglo á la ley de Lynch; luego la destrucción completa de la monstruosa asociación que avergonzaba al país; y por último devolver á la libertad las dos infortunadas prisioneras. Para todo ello contaba con sesenta carabinas; todo cuanto había en el poblado en punto á armas de fuego.

Trabajo le costó á Ali armar aquella partida, y aun hubo de amenazar con ir solo en busca de sus enemigos para decidir á los malabares á que le acompañasen. Y es que los hermanos de la concha no tenían instintos guerreros, y no dejaban de pensar con miedo en el momento en que, viéndose acorralados, se volviesen contra ellos los terribles Cristal-Daggers.

Por fortuna para todos, el valor, más que dudoso, de los partidarios del shaif, no hubo de ser puesto á ruda prueba. En efecto, con gran sorpresa de Ali, que conocía el desprecio que sus enemigos tenían por la muerte, ninguno de los bandidos se presentó cuando él hubo tumbado de un tiro de su carabina al centinela que guardaba el campo. Y la estupefacción que á todos produjera no ver su ataque rechazado hubo de aumentar considerablemente viendo avanzar hacia ellos á las dos mujeres, libres de toda ligadura.

Esto tiene una explicación, señoras, y es la siguiente. Si los cuerpos simples sirven para curar, también son

útiles para todo lo contrario. Seis meses antes de la época á que me refiero, esto es, á partir del momento en que los gentileshombres del estilete confiaron el cuidado de preparar la comida á las dos mujeres apresadas al mismo tiempo que el shaif, declaróse en el campo de aquellos una epidemia extraña. Al producirse la primera defunción el capitán huyó acompañado de tres de sus compañeros; murieron luego otros, desbandáronse algunos influidos por el pánico, y cuando Ali llegó, acompañado de los suyos, solo quedaban cinco hombres de la terrible asociación de los Cristal-Daggers.

Las hijas del Malabar habían vengado á sus hermanos. Dicho lo que antecede, calló el doctor.

Largo silencio siguió á sus últimas palabras.

Y es que era el suyo uno de esos relatos interesantes al alto grado, terminados los cuales el éxito del orador se traduce más por la emoción que domina en su auditorio que por los aplausos que estallan en su honor. Una de las cosas que más emocionaran á las personas allí presentes fué el detalle relativo á la casi degollación de Ali-Akmet; y fueron no pocas las miradas que se dirigieron á la señorita de Kerbiroet mientras el doctor A... hablaba de eso, porque, excepción hecha de Corposanto, recientemente presentado en aquel cenáculo, casi todos los demás conocían ó creían conocer la historia de aquella joven que llevaba también en el cuello una marca indeleble por el estilo de la que debía llevar Ali-Akmet.

La vizcondesa de Aubinesco se creyó en el caso de romper el silencio.

— De lo que usted dice, doctor, resulta que el shaif no pudo cumplir ninguno de sus tres juramentos; — dijo.

— Uno solo, señora, puesto que puso en manos de las autoridades inglesas á los cinco supervivientes de la banda... Cuanto al capitán...

— ¡Qué monstruo!

— Un verdadero monstruo, señora, — afirmó el conde Enrique. — Porque tengo la seguridad de que el señor doctor no ha exagerado lo más mínimo al hacernos su retrato.

— ¿Lo cree usted así? — le preguntó el marqués de Trogoff, mirándole fijamente.

El conde no contestó, ó si lo hizo su contestación quedó ahogada por el rumor de las conversaciones.

— ¿Qué hizo después Ali-Akmet?

— ¿Sabe usted si cumplirá sus otros juramentos?

— Los cumplirá, señoras, — contestó el doctor. — El shaif no tiene más que una palabra. El ha juzgado lealmente y condenado sin apelación al capitán de los Cristal-Daggers y aun cuando ese bandido ha puesto medio mundo entre su persona y el brazo vengador, tengan ustedes la seguridad de que sabrá dar con él y de que no habrá poder humano capaz de impedir la ejecución de la sentencia.

Nada había dicho aún la baronesa de Lampessadas; pero era porque reflexionaba profundamente.

— Doctor, — exclamó por fin — hay á veces historias serias en las que los nombres de los personajes no son más que seudónimos. Ese amigo de usted, Ali-Akmet tiene un carácter muy simpático ¿sabe usted? Su energía me encanta... ¡No le ha hecho á usted alguna confianza íntima?... Porque eso sucede á veces ¿sabe usted?... Vamos á ver, ¿le dijo á usted si era de Córcega?

— ¿De Córcega? No, señora; mi amigo Ali-Akmet es argelino.

— ¡Qué lástima! — balbuceó la gruesa dama descargando su oprimido pecho de un suspiro enorme, como ella. — Castigada me veo sin duda por lo tardío de mis sentimientos, y con seguridad no le encontraré nunca.

El conde la contemplaba verdaderamente intrigado.

— ¿Por qué demonios busca por todas partes un corso esta mujer? — se preguntaba.

Por su parte el joven Jaffary, protegido de la vizcondesa, y estudiante en derecho se atrevió á terciar en la conversación, que habíase generalizado, para formular esta pregunta:

— ¿Cree usted que el duelo comenzado entre Mantote y Manaar se continuará probablemente en París?

— Sin ningún género de duda; — replicó el doctor A... Si el capitán de los Cristal-Daggers está aquí, aquí vendrá á pedirle su revancha el jefe de los hermanos de la concha.

Iba á continuar sus indiscretas preguntas Jaffary cuando una reflexión le detuvo de pronto. Aunque ale-

jado por timidez de las discusiones, el joven era muy reflexivo y él fué el único, entre todos los contertulios, que hubo de fijarse en que entre el doctor A... y Ali-Akmet existía gran semejanza.

— Las dos mejillas del doctor, se decía el joven, están marcadas de cicatrices, de balazos que bien pudieran ser los recibidos por el shaif... Además la altura exagerada del cuello de su camisa, ¿no oculta tal vez la cicatriz de la herida de la garganta? Como quiera que sea no debo en modo alguno violar el incógnito que él mismo se ha impuesto, en caso de que mis sospechas fuesen fundadas.

Habiase levantado el marqués Trogoff de Kerbiroet, y dirigiéndose á la vizcondesa exclamó:

— Ilustre amiga, es ya muy tarde, y no tenemos más remedio que abandonar, aunque con pena, tan amable compañía.

Abriéronse las puertas del salón. En realidad todo el mundo deseaba ya encontrarse en su casa, tranquilo, y al abrigo de puñales y carabinas, y de otras armas que iban á ser esgrimidas en pleno París como si los esgrimidores se encontrasen en el desierto.

La dueña de la casa conversaba con el viejo marqués.

— ¿Conoce usted á fondo á ese doctor? — le preguntó.

— Diré á usted: Ali-Akmet me lo ha recomendado por carta, calurosamente. Y ya sabe usted amiga mía, que yo haga cuanto me pide ese caballero defensor de mis dos huerfanitas.

— Y dígame usted, aquí en confianza: ¿no podría usted enterarme de su nombre? ¡Oh, á mí sola!

— ¡Su nombre!... Pues sí que me colocaría en buena situación revelando ese secreto que no me pertenece! Todo lo que puedo decir á usted es que el doctor es uno de los jefes de los hermanos de la concha... Y ya he dicho demasiado. Esos hombres de otros tiempos no perdonan á quien los traiciona, créame usted.

La vizcondesa reprimió un gesto de despecho. Lo que su amigo le decía era mucho y era poco. Mucho, por constituir un peligro aquella semirevelación; poco, porque su curiosidad no quedaba del todo satisfecha.

Por su parte, el conde de Corpo-Santo, mientras se

ponía el abrigo formado de pieles pensaba en alta voz:

— Ese demonio de duelo al « requiem » va á empezar de nuevo, con seguridad, en cualquier callejuela de París. ¿Qué puede la justicia contra un hombre como ese shaif? Nada. Por otra parte su adversario se ha metido en un callejón sin salida, y es de suponer que los tribunales no se muestren con él muy indulgentes. El único medio que tiene de salir del aprieto es el de prevenir á Ali-Akmet. Los tiburones de París tienen sobre los de la Palk-Bay la ventaja de mostrarse sensibles al ofrecimiento de una buena recompensa, y no devoran más que á la víctima que se les señala.

Una voz melodiosa y firme que sonó á su lado le hizo estremecerse. Era la voz de Amy de Kerbiroet que murmuraba junto á él como contestando á los pensamientos que no creía el conde haber formulado:

— Lleva siempre la ventaja el que conoce la cara de su adversario, señor conde, y el capitán de los Cristal-Daggers no está en ese caso.

— Señorita, — balbuceó Enrique reconociendo á su interlocutora, — de tal modo me ha impresionado el relato del amigo de usted, el doctor A... que, ya lo vé usted, hasta sueño en alta voz.

Amy lanzó una sonora carcajada y fué á reunirse con el marqués que la llamaba.

Viendo cómo se alejaba la joven, el conde, que no se creía observado, dióse con ira una palmada en la frente y por segunda vez, y con cierto temor inexplicable, porque admiraba á Amy y creía ver en ella su ángel malo, hubo de preguntarse:

— ¿Pero dónde he visto yo esa cara?

No tenía ciertamente el joven Jaffary la costumbre de escuchar tras de las puertas; sin embargo, la casualidad hizo que pudiera oír esta pregunta y las palabras dichas con anterioridad y ellas le confirmaron en las sospechas por él concebidas como consecuencia de las reflexiones que se hiciera en el decurso de aquella tarde, fecunda en incidentes.

Fuera, en la plaza, los carruajes, llamados uno por uno, partían, conduciendo á los contertulios de la vizcon-

desa; ya sólo quedaban por ocupar un cupé, un landó y un faetón.

Los rezagados se agolpaban en la antecámara en torno á la vizcondesa y á su sobrina Yvona.

— De modo — decía la primera al marqués — que se vá usted á Bretaña, así, sin despedirse siquiera, como quien dice...

— Sí, asuntos graves reclaman mi presencia allí y el doctor me acompaña. Mi ausencia será breve, pero confío en que durante ella procurará usted acordarse de que deajo solas á Amy y á Edmée...

— ¡Ya lo creo que me acordaré! Y precisamente pensaba pedir á usted autorización... Pero ya veo que sería un disparate... Nada, una locura mía... Figúrese usted que pensaba ir al baile de la Opera; no sola, naturalmente, sino acompañada de Enrique... y de las dos muchachas para que pudieran ver aquello, aunque no fuera más que un momento...

— Permitame usted, amiga mía, — interrumpió Corpo-Santo — lo que es conmigo no cuente usted mañana por la noche... A la hora en que comience el baile yo estaré lejos de París... Asunto urgente, de los que no admiten dilación.

— Pues señor, bueno; todo el mundo me abandona... Cualquiera puede fiar en las palabras de usted, señor de Corpo-Santo... En fin, ¡qué le hemos de hacer! Todo conspira contra nosotros...

— Aplace usted su escapatoria para el año que viene, vizcondesa. Tal vez le sea á usted más agradable; — murmuró el viejo marqués galantemente. Y vámonos de una vez, porque el florete de Edmée debe estar haciendo destrozos.

— El brazo, joven, — ordenó la baronesa entrada en carnes, dirigiéndose á Jaffary. — Me cansan las escaleras, hasta cuando las bajo ¿sabe usted? Esta vizcondesa ha hecho construir escalones de una altura que ya, ya... ¿Irá usted á ese baile popular de que hablaba ahora nuestra amiga?

— No, señora, — dijo el joven — no tengo billete.

— Tampoco lo tengo yo, pero iré, pagando, se entiende.

Ayudada por el joven y por el lacayo entró como pudo en el carruaje y ya instalada en él, añadió:

— En esos sitios de recreo es posible encontrar, aislado en medio del bullicio, á un hijo que llora tal vez por su madre ausente, ¿sabe usted?

En esto arrancó el cupé, detrás del landó del marqués Trogoff de Kerbiroet, el cual, á su vez, seguía al faetón guiado por el conde de Corpo-Santo.

Solo quedaba en la acera el joven Jaffary quien no tenía coche: este, á su edad, es un lujo inútil.

Por la avenida de los Campos Eliseos llegó paseando á los muelles del Sena, y luego á la calle Dauphine, donde ocupaba una modesta habitación de estudiante.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CARR. SAN MONTERREY, MONTE

## VI

## EL GUARDIÁN DEL TESORO

Preciso es que retrocedamos un poco con objeto de explicar el completo desarrollo de los acontecimientos que constituyen el tema de nuestro prólogo.

El asesinato cometido en la granja Sabielo produjo en Córcega una emoción considerable; y si el asunto no repercutió en Francia, no obstante los grabados que publicaran algunos periódicos en los que los dibujantes juzgaron de interés reproducir la siniestra escena de la antecámara, fué sencillamente porque los sucesos de la Comuna y las demasías de su poder insurreccional preocupaban hondamente todos los cerebros.

Acababa de terminar la funesta guerra de 1870, y aun cuando los cuadros del ejército estaban completos para reprimir en caso de necesidad la extensión revolucionaria, es lo cierto que todos los servicios públicos se hallaban aún desorganizados, por lo que ni los esfuerzos de la justicia, ni las órdenes policíacas para dar con los asesinos de la viuda de Sabielo pudieron obtener éxito alguno.

Ya sabemos que el propio montado que enviara la gendarmería de Sarténe llegó á Ajaccio demasiado tarde para detener á los fugitivos, por lo que los registros practicados en los buques no tuvieron otro resultado

que el de disgustar á los armadores, inútilmente molestados. Sin embargo, pudo averiguarse, sin gran trabajo, el nombre del barco á cuyo bordo habían tomado pasaje los tres hermanos Bozzo, uno de los cuales había sido acusado como asesino de la viuda Sabielo por el jardinero de la misma. Pero estaba sin duda escrito que todo lo referente á aquel asunto había de quedar envuelto en el misterio, pues aunque se circularon telegramas á todos los puertos en que acostumbraba anclar el *Buenamar*, estos telegramas quedaron sin respuesta por la sencilla razón de que el buque no se presentó en ninguno de los puertos prevenidos. Y como por otra parte faltaban pruebas materiales, y como los autores ó p esunto tales no eran habidos, dióse carpetazo al asunto según hubo de prever el viejo Akmet en su conversación con el oficial de gendarmería.

Poco después fué llamado el jardinero por el Tribunal para que declarase si contaba con recursos para subvenir á las necesidades de las dos huérfanas, y si conocía á algún pariente de los Sabielo capaz de reivindicar la posesión de las niñas; y por más de que su mujer, cuyo corazón valía más que el cerebro, hubo de extrañarse mucho, el viejo contestó afirmativamente á la primera pregunta.

Aquella pobre vieja Akmet era lo que se llama una infeliz, pero de carácter un tanto extraño y sobre todo muy amiga de llevar la contraria á todo el mundo. Si la hubiesen amenazado con separarla de las niñas, á las que ya quería como si fueran suyas, habríalas defendido como una loba defiende á sus cachorros; pero comprendiendo que no era fácil que se las quitaran, no acertaba á explicarse cómo su marido podría hacerse con las armas necesarias para conservarlas legalmente.

Grande fué pues su estupefacción cuando vió que el jardinero, como contestación á la segunda pregunta del magistrado entregaba á este un pergamino que acababa de sacar de su pecho.

Era el testamento ológrafo de Ricardo Sabielo en virtud del cual, y en caso de prematura muerte de su viuda, instituía como tutores y curadores de su futuro hijo (no hay que olvidar que Ricardo murió antes de que nacieran

las dos gemelas) á su antiguo servidor Akmet y á la mujer de éste, nombrándoles usufructuarios de todos sus bienes con poder de vender y enajenar y obligación de rendir cuentas llegado el legítimo heredero á su mayor edad.

Dicho documento, de autenticidad innegable, iba autorizado por la firma del testador y la de un notario de Sarténe que lo selló, signó y rubricó en presencia de testigos.

Cuando ambos esposos, terminada su audiencia en el tribunal, regresaban á la granja, la vieja preguntó :

— ¿Dónde has encontrado ese testamento? No sabes cuanto me alegraría saberlo...

— Allí trabajará — dijo el jardinero afectando no haber oído la pregunta. — De toda la fortuna de los Sabiello no queda más que la casa y el terreno; no es cosa de que los malbaratemos para educar á las hijas de nuestro amo. ¿Qué dices tú de eso, mujer?

— Que tienes razón, — contestó ella sin acordarse ya de su anterior pregunta. — Nuestro hijo sabe muchas cosas y puede ganar bastante; pero me ha parecido comprender que ahora eres dueño de hacer de la casa lo que te parezca: ¿no es eso?

Akmet movió la cabeza.

— Por ahora — dijo — cerraremos la granja; más tarde, cuando sean mayorcitas, veremos si es cosa de venderla.

El viejo Akmet no tenía pelo de tonto. Conociendo la curiosidad de su mujer que no podía él satisfacer por no serle permitido el hacerlo, y temiendo por otra parte la irritabilidad de su carácter, procuraba contestar siempre, aunque con evasivas, á todas sus preguntas; y así, haciéndose el sueco unas veces, otras dando importancia á respuestas ambiguas que carecían de ella en absoluto, obtenía el resultado por él deseado, que no era otro que el de hacer olvidar á su mujer los temas acerca de los cuales no podía él dar explicaciones.

La anciana compañera del jardinero, no obstante su curiosidad siempre despierta, estaba fatalmente condenada á ignorar, durante el resto de su vida, por qué misterioso procedimiento había podido procurarse su

marido aquel testamento del que no le hablara nunca, cómo se hacía con el dinero necesario para cubrir las atenciones de las niñas, y de qué modo, sin salir de la granja, pudo ir á Sarténe la noche del crimen y volver antes que su hijo, después de haber escuchado á la puerta de la casa de los Bozzo una conversación comprometedora.

En cambio el lector sabe de dónde sacaba el viejo Akmet, solo en la medida de lo indispensable, el dinero necesario para enjugar el déficit producido en su presupuesto por la educación de las niñas, cuando el trabajo solo de Alí no daba para todo. Veamos ahora qué era lo que contenía la famosa cajita de que se apoderara el jardinero, sacándola al efecto del tabernáculo de la Iglesia subterránea.

Esa cajita guardaba precisamente en su interior el testamento en virtud del cual pudo el jardinero hacer que se le reconociera y proclamara tutor de las hijas de su difunto amo. Contenía además otro papel apergaminado, especie de codicilo, escrito todo él de puño y letra de Sabiello, y destinado á no ser producido ante ningún tribunal ni jurisdicción, en el que se daban ciertas particulares instrucciones á Akmet y se le ordenaba conformarse con las prescripciones transcritas en un tercer documento contenido igualmente en la misma caja.

Este último, escrito en pieles groseramente unidas, parecía muy voluminoso aun cuando en realidad era corto. La escritura, borrada casi en algunos sitios por efecto de las manchas de humedad, era ancha, vacilante y mal trazada. Contaba menos de un siglo de existencia, y era sin embargo el tal papel más precioso y de valor más considerable que los más preciados papiros egipcios.

Era en efecto el testamento del célebre bandido italiano Fra-Diavolo, en el que muy concisamente conteníase la predicción de los acontecimientos que debían sembrar la desolación en su descendencia maldita hasta el momento en que el oro mal adquirido, fuese á dar, por las vías naturales, en manos verdaderamente puras.

He aquí en qué términos se hallaba redactado el curioso testamento-profecía :

## « A LOS HEREDEROS DE MI TESORO

« Ninguna recomendación hago á mis descendientes directos que sabedores de la existencia de ese tesoro, pero ignorantes del sitio en que se halla, viven en una pobreza miserable, víctimas, á pesar de ella, de la general reprobación, como si sobre ellos gravitase el peso de mis crímenes.

« Me dirijo á un pobre trabajador que tendrá parentesco conmigo, aunque lejano, y que después de instalarse en una casa antigua del arrabal norte de Sartène, descubrirá detrás de la placa del hogar de la chimenea, un día que se hallará ocupado en reparar esta, la entrada sud de las galerías subterráneas de la Misericordia y verá el tesoro allí guardado desde medio siglo antes.

« A ese pariente digo lo que sigue : No toques al tesoro. Sigue siendo pobre, y vivirás alegre, porque todo ese oro no son más que lágrimas.

« También me dirijo á otro individuo, poseedor de una casa situada á orillas del Tavaria por la cual se entra á la parte norte de las galerías.

« A ese otro digo esto : No toques al tesoro, que no es más que sangre. Guárdate bien de prolongar el castigo más allá del término fijado obedeciendo quizás al impulso de una vana pasión, como yo por desgracia lo he hecho. Serás padre dos veces : padre del odio y padre del amor. En el caso de que no se cometa indiscreción alguna estará próxima la hora de la redención de mi raza cuando el odio, revelándose como un tigre con figura humana, mate al marido de su madre, antes de matar á la esposa de su padre.

« Me dirijo en fin al servidor de este último que será el primer extraño á la familia poseedor del secreto.

« A este digo lo que sigue : No toques al tesoro, pues es fuego líquido que te quemaría. Solo el amor y la caridad pueden conjurar su funesta virtud. Si el hijo de tu amo es una niña, consévala preciosamente como un ángel de redención, y defiende, por cuantos medios estén á tu alcance, el tesoro, que será para ella, porque solo ella sabrá hacer del mismo un noble uso.

« JULIAN BOZZI-BOZZO. « (a) FRA-DIAVOLO,  
« Gran Maestre de la Misericordia (Redención). »

Como se ve, el contenido de la cajita no carecía de importancia.

El testamento del jefe de los camorristas, aunque databa del siglo anterior, era en verdad instructivo.

En él se encontraba la explicación de la reserva del posadero Bozzo y de Ricardo Sabielo. Ambos habían leído el documento y conformándose á lo que en él se disponía, se guardaron bien de dejarse deslumbrar por aquellas riquezas, como también de hacer uso de las mismas. Fué pues por obediencia á las órdenes de su antepasado que hubo de guardar silencio el posadero cuando Enrique le preguntara acerca de la existencia de un tesoro por él entrevisto siendo niño.

Y cuando Ricardo Sabielo, próximo ya á la agonía, suplicaba á Malaquea que se mostrase indulgente con el hijo natural, culpable ya de un primer asesinato, hacíalo con la esperanza de poder conjurar el maleficio.

Pero como la intratable argelina no quiso acceder á sus súplicas, el desgraciado Ricardo hubo de sufrir una agonía moral mucho más terrible que la física; como que su mirada, penetrando en la eternidad podía leer entre las líneas del testamento de su antepasado, y adivinar sin dificultad, no sólo el asesinato de su mujer, si que también la lucha fratricida que se empeñaría luego entre el Odio (Enrique) y el Amor (el hijo legítimo).

A todo esto las dos huerfanitas iban creciendo rodeadas del cariño de los dos viejos sin que les faltase, antes al contrario, el de su hijo Alí.

La mayorcita, por lo menos la que se creía fuese la mayor, la que ostentaba en su cuello como una cinta roja que tenía la forma de la herida cerrada por la que se fuera, antes de cerrarse, la vida de su madre, se llamaba Amy, y su hermana hubo de recibir el nombre de Edmée.

Eran las dos preciosas, y Alí las quería con adoración. Deseoso de obedecer á su padre y de subvenir á las necesidades de la familia, aumentada después del crimen, el joven habíase impuesto un trabajo enorme, pues además de continuar los estudios para doctorarse en medicina, dábase á trabajos de horticultura en el antiguo parque de la granja Sabielo, convertido en jardín á la



moderna. El doctorado representaba lo porvenir; la horticultura el presente.

Cuando por fin obtuvo el diploma deseado, Ali pudo aumentar el acomodo de la casa uniendo á su clientela de florista otra clientela de enfermos.

No eran muy ricos, que digamos, los habitantes de los alrededores de Sarténe; de ahí que el joven médico no viera retribuido convenientemente el mucho trabajo que se imponía para cuidarlos; sin embargo, cuando al regresar de noche á su casa, después de una ruda jornada de labor, encontraba en ella la alegre sonrisa de las dos huérfanas, dábale el hombre por bien pagado de sus molestias.

Cuando Amy y Edmée cumplieron los ocho años juzgó Ali llegado el momento de comenzar su educación; y como los viejos no querían separarse de ellas, hubo el joven de robar algunas horas al sueño y aun de abreviar un tanto el tiempo consagrado á la mesa con objeto de enseñarles lo más indispensable entre las nociones elementales.

Era un profesor de los que no se encuentran muchos.

En efecto, aun cuando de temperamento nervioso, Ali daba pruebas de paciencia angélica y de bondad inefable en sus relaciones pedagógicas con las niñas, pues si bien Amy, por sus progresos, llenábale de orgullo, la otra, Edmée, no le procuraba en cambio la misma satisfacción.

A partir de aquella época pudo observarse la diferencia de caracteres entre las dos hermanas, diferencia que debía aumentar más tarde, á medida que los años pasaran.

Todo lo que Amy tenía de estudiosa, reflexiva, seria y tranquila, tenía Edmée de distraídilla, enredadora, agitada y locuela.

Amy, ya pensativa, no obstante su temprana edad, parecía, por sus maneras, una mujercita preocupada por los asuntos domésticos, mientras que Edmée tenía más cosas de chico que de muchacha, sin que esto quiera decir que fuese un marimacho, nada de eso, pero había en su carácter, en sus ademanes y en su modo de ser, algo de enérgico y de varonil, que contrastaba con el excesivo afeminamiento de su hermanita.

Durante el buen tiempo Ali profesaba, es decir, daba sus lecciones al aire libre, en pleno jardín.

Un día en que hubo de interrumpir la explicación para correr á la cabecera de un enfermo grave, Edmée manifestó con los más peligrosos saltos y las más locas cabriolas el entusiasmo que le producía la perspectiva de un recreo inesperado.

Era la niña ágil como un mono, y aficionada á toda suerte de ejercicios de esos que precisan gran elasticidad en los miembros, al mismo tiempo que cierta decisión para emprenderlos. Ali lo sabía; pero eso no fué obstáculo para que al regresar de ver al enfermo se asustase no poco viendo á Edmée encaramada en lo alto de un castaño cuyas ramas tocaban una de las fachadas de la casa de Sabielo, inhabitada desde mucho tiempo antes. Desde su elevado observatorio pudo la revoltosa advertir el asombro del joven médico y se divirtió con éste simulando un miedo horrible de caer desde aquella altura.

Y es el caso que, como suele acontecer con este género de diversiones en las que es más fácil ir adelante que volver hacia atrás, la traviesa Edmée veíase seriamente comprometida para bajar del árbol, hasta el punto de que, temiendo una desgracia, Ali se decidió á ir á buscarla.

Cuando ambos bajaban del árbol, la pequeña tomó un trazo sucio que se balanceaba en el hueco formado por la unión del tronco con una de las ramas principales.

— ¿Es tu pañuelo? Pues sí que está limpio... dijo bromeando.

— Dame ese trazo — exclamó Ali con curiosidad.

— No te lo doy como no me prometas enseñarme á hacer gimnasia; — replicó ella.

— ¡Pero si las niñas no hacen gimnasia!

— No importa, yo quiero hacerla. Además, yo no soy ya una niña...

Como nada podía objetar á tal argumento, Ali hubo de prometer, entrando en cambio en posesión del trazo sucio.

Con verdadera minuciosidad lo examinó el doctor por la noche, á solas en su cuarto. Al principio, cuando Edmée lo encontró en el árbol, no hubo de darle importancia alguna y si se lo pidió fué más por aparentar que

se interesaba por los juegos de la pequeña que por otra cosa; pero como viera de pronto en uno de los ángulos del trapo algo obscuro que llamó su atención, habíase apresurado á guardarlo en uno de sus bolsillos murmurando entre dientes :

— ¡Es extraño!

Durante el resto del día mostróse el joven distraído, y terminada la cena se retiró más pronto que de costumbre, pretextando una ligera jaqueca.

En realidad su malestar no era más que un pretexto para examinar detenidamente el trapo encontrado por Edmée.

Por eso estaba allí, sentado junto á la mesa de trabajo, inclinado junto á la pantalla de la lámpara cuya mecha humeaba, volviendo y revolviendo entre sus manos el harapo objeto de su singular curiosidad.

Como había dicho muy bien el diablejo de Edmée, era un pañuelo : un pañuelo sucisimo, aunque su suciedad provenía más bien de su larga permanencia en el árbol que de un uso inmoderado.

Sin duda había pasado aquel lienzo sucesivamente y varias veces de la humedad á la sequedad, y esto en un hueco polvoriento, entre restos de corteza y hojas muertas del árbol, pues su consistencia era bastante, y el color casi amarillento.

Hubo de calcular Alí que para que aquella tela, que se deshacía entre sus dedos, cambiase de tal modo, era preciso que hubiese pasado muchos años en el sitio en que fuera encontrada. Y así pensando su mirada fijábase siempre en el mismo sitio : en uno de los ángulos del pañuelo.

Ninguna particularidad presentaba á primera vista aquel ángulo del lienzo. Sin embargo, el joven doctor veía una.

En efecto, en el grano de la tela era fácil observar pequeñas prominencias que no eran otra cosa que una antigua marca lavada y casi destruída por el tiempo.

— No hay duda, este es su número, — murmuró Alí-Akmet abandonando el pañuelo; — su número y sus iniciales E. B. 406. Para mí, que me acuerdo como si estuviéramos aún en el colegio, como si nuestra última pendencia datase de ayer, esas letras y números E. B. 406

quieran decir sencillamente Enrique Bozzo, número matrícula 406.

Cierto es que mi protector don Ricardo Sabielo parecía interesarse por él; recuerdo que más de una vez se enfadó al oír el relato de nuestras peleas... Pero no le recibió aquí nunca... yo no le he visto jamás. Y aun suponiendo que don Ricardo lo hubiese recibido, ¿por qué Enrique se habría encaramado á ese árbol, cosa que parece probar la presencia en él de este pañuelo?

Toda la noche la pasó Alí dándole vueltas á esta idea y sin poder explicarse lo que le parecía un enigma.

Y lo era en efecto para él, pues en la época del crimen estaba ocupado con sus estudios que le impedían leer los periódicos; y encerrado desde la mañana hasta la tarde en el pabellón del jardín, solo con sus libros, hubo de ignorar la parte que su padre tomara en la persecución del presunto asesino. Por otra parte, como las pesquisas realizadas fueron infructuosas, nada preguntó él acerca de quién podía haberse hecho sospechoso á las autoridades del país.

Poco tiempo después la vergüenza y la desesperación acabaron con la vida de los esposos Bozzo, y entonces hubo de sorprenderse Alí no poco al ver que su padre, cuya pobreza era notoria y de todos conocida, compraba, pagándola al contado, la casita de los difuntos que fuera un tiempo la posada-carnicería del « Tajo maestro » y de la cual no debía hacer uso alguno.

Como es natural, dada la ignorancia en que se hallaba de todo, el joven Alí no pudo establecer la menor correlación entre el asesinato de la viuda de Sabielo y esa adquisición extraordinaria hecha por su padre.

En la mañana del día siguiente á la noche que acababa de pasar examinando el pañuelo de Enrique, bajó Alí-Akmet al jardín, en el cual trabajaba ya su padre, decidido á poner en conocimiento de éste el hallazgo hecho en el árbol.

— ¿No sabes lo que ocurre? — preguntó el viejo al ver á su hijo : — Pues que nos vamos. Amy y Edmée van á cumplir doce años, y á esa edad las muchachas necesitan una institución ó bien el convento... Y eso no se encuentra más que en París, muchacho.

Mucho sorprendió á Ali decisión tan importante, pero no tanto que su sorpresa le impidiese percatarse de que su padre se hallaba bajo el peso de una emoción excepcional. Reservado sin embargo, como todos los de su raza, nada dijo al autor de sus días, ni le preguntó nada, ni trató de indagar siquiera cómo le sería posible hacer frente á los gastos considerables que lleva siempre aparejados un traslado como el que se proyectaba.

Tampoco sorprendió á la madre de Ali la decisión adoptada por su marido, cuando á su vez se enteró de ella. La pobre vieja había cambiado no poco de carácter. Cansada de indagar inútilmente en virtud de qué satánicos pactos encontraba siempre su marido el dinero necesario para la educación de las huérfanas, que además vestían casi con lujo, con un lujo modesto pero que no era posible pagar con lo que Ali ganaba, había acabado por resignarse á no saber nada y á dejarse cuidar y vivir sin preocupaciones. De ahí que el anuncio de un inminente traslado á París la dejase tan indiferente como la dejara poco antes la noticia de la compra de la posada-carnicería. Todas las locuras le parecían posibles y todas las excentricidades naturales desde el momento en que bastaba la voluntad de su marido para operar milagros.

Como las dos huérfanas acababan de hacer su aparición en el jardín para entregarse á sus juegos, el jardinero hizo señas á su hijo y éste le siguió hasta la sala grande del pabellón, solitaria en aquel momento por hallarse la vieja en la compra.

Un momento después Ali sabía todo lo que ignorara hasta entonces.

Los detalles del espectáculo presenciado por sus padres en la antecámara de la granja la noche del nacimiento de Amy y Edmée llenáronle de horror; ya se recordará que él se hallaba ocupado en guardar los caballos de los gendarmes, durante las primeras diligencias, por lo que nada pudo ver entonces, como tampoco más tarde por haber puesto la justicia los sellos en todas las puertas de las habitaciones que ocuparan los Sabiello.

Sin extenderse mucho en detalles inútiles el jardinero

enteró á su hijo de que el encuentro del pañuelo de Enrique era de gran importancia, de tanta mayor importancia cuanto que no había sido posible encontrar ninguna prueba material para acusar al hijo de Bozzo, de quien se presumía sin embargo que era el autor del horrendo crimen.

Oyendo hablar á su padre, Ali cerraba encolerizado los puños, sin que le fuese dado reprimir esa manifestación externa de la cólera sorda y terrible que iba dominándole contra su enemigo del colegio, contra el despota con el cual hubo de pegarse tantas veces.

Y su inmenso furor aumentaba en presencia de la incapacidad material en que se encontraba de satisfacer su justo rencor contra el malvado autor de la desgracia de las dos gemelas á quienes amaba tiernamente y que un monstruo con figura humana había privado para siempre de la maternal ternura.

— Ahora te diré que si nos alejamos de Córcega, — dijo para concluir el viejo, — no es precisamente con objeto de pasar á una ciudad donde puedan educarse bien las niñas, sino con el de poner á esas pobrecitas al abrigo del puñal de su hermano.

— ¿ De su hermano ? — gritó el joven.

— Sí, olvidaba decirte — y de esto no debes hablar á nadie — que Enrique Bozzo es hijo natural de nuestro bienhechor. Para él era de sumo interés hacer desaparecer á la viuda del señor Sabiello, y ya sabes lo que hizo; pero el nacimiento de Amy y de Edmée contraría sus planes...

— Y usted cree que se atrevería...

— ¿ A matarlas ? ; Yo lo creo ! Como que mientras ellas vivan no podría realizar sus deseos... Mira, ayer mañana, sin ir más lejos, rondaba por los alrededores.

— ¡ Ah, padre ! ; Por qué no me previno usted ?

— Hubiera sido peligroso, cerca de ellas, tanto más cuanto que el bandido sabe que están aquí. Deja que llegue el momento, que será cuando las tengamos bien ocultas en una gran ciudad... Entonces te diré : Anda, búscale, y arréglate de modo que desaparezca para siempre.

— ¿ Pero, y la justicia ?

— ¡ La justicia ! — Es como si enviáramos un cojo tras un caballo al galope. ¿ Qué quieres que haga la justicia ahora si antes, cuando se trataba para ella de vengar un atentado personal, no fué capaz de prenderlo en más de un año? Además, Enrique no es imprudente, no se aventura sino cuando sabe que el golpe es seguro... No me extrañaría que á estas horas estuviese ya lejos de las costas de Córcega.

Alí adivinaba un misterio. Parecía que su padre pesaba y calculaba sus palabras antes de pronunciarlas; pero como era un hijo respetuoso, dejábale hablar sin replicarle, sin que se le ocurriese siquiera la idea de conocer lo que su padre quería ocultarle.

Para que un hombre como Akmet se decidiese de pronto á abandonar todas sus costumbres para ir á instalarse en París donde á nadie conocía y donde no era de nadie conocido, hacíase preciso que ocurriese algo grave, algo de excepcional importancia. Así era en efecto. Aquella misma mañana había ido á girar una visita á la antigua posada-carnicería, en la que nadie habitaba desde que pasara á ser propiedad suya, y al acercarse á ella hubo de observar con extrañeza que la puerta que él dejara bien cerrada, como de costumbre, cuando su última visita, se hallaba abierta en aquel momento.

Presa de extraños presentimientos deslizóse el hombre en la sala baja, en la que todo continuaba como en tiempo de los Bozzo, y su extrañeza hubo de convertirse en desesperación en cuanto fijó la vista en la plancha de hierro que servía de fondo á la enorme chimenea. No es que hubiese desaparecido la tal plancha; no, continuaba allí, en su sitio, pero en torno de ella una mano desconocida había arrancado los ladrillos trabajando con un pico para abrir á derecha é izquierda una brecha cuya profundidad alcanzaba ya hasta veinte centímetros.

Era pues justificada la emoción del jardinero.

Sin duda alguna Enrique — ¿ cómo sospechar de otra persona? — enterado de la existencia del tesoro tal vez por alguna palabra imprudente escapada de labios de Bozzo, había vuelto la noche antes y visitado la casa para conocer el secreto de la chimenea; y sorprendido en su

trabajo por la llegada de la aurora ó por los pasos de algún caminante, habíase huido sin terminar el trabajo comenzado.

Ante aquel inesperado descubrimiento el sudor invadió el rostro del viejo Akmet.

— Una hora más de trabajo — decía examinando la obra del nocturno visitante — y este muro, que ya es viejo, agujereado como una cáscara de nuez, habría descubierto los primeros peldaños de la escalera que conduce á la Iglesia subterránea...

En el momento de hacerse esta reflexión surgió en la mente de Akmet el proyecto irrevocable de abandonar la Córcega.

Pero como no podía revelar á su hijo la verdadera causa de su repentina resolución, tuvo el buen acuerdo de darle un pretexto perfectamente natural y lógico, pero pretexto al fin y al cabo.

Durante los ocho días que siguieron á estas confidencias entre padre é hijo, el jardinero permaneció casi invisible para los suyos, encerrado horas y más horas, de día y de noche en la habitación que en vida ocuparan los Sabiello, y muy atareado en hacer paquetes y en clavetear grandes cajas.

Akmet obedecía sencillamente lo dispuesto en el testamento: « Defiende el tesoro por todos los medios... » ¿ No se había presentado el peligro en forma casi palpable? Pues no quedaba otro remedio que defender el tesoro trasladándolo á sitio más seguro.

Así lo hizo Akmet enviando por delante á su hijo con encargo de buscar en París un piso en un barrio decente, en el que les fuera fácil pasar inadvertidos.

El día de la marcha tres carros de Olmeto llegaron á la granja para cargar algunos bultos, en cada uno de los cuales aparecían escritas en gruesos caracteres estas tres palabras: MARSILLA, PARÍS, LONDRES.

Era de ver el asombro de la madre de Alí ante aquellas cajas con grandes flejes de hierro y enormes cerraduras. Contemplándolas en silencio tentada estaba de creer en la existencia de un pacto secreto entre su marido y el diablo.

— ¿ Por qué dice ahí Londres? — preguntó al fin,

no pudiendo dominar por completo su curiosidad.

— Porque esas cajas van á Londres, amiga mía.

— ¡Demonio! — exclamó un obrero levantando con gran trabajo un bulto poco voluminoso — ¡Demonio, ni que fuera plomo!

— Pues no es más que agua, — replicó el jardinero.

— Agua del Tavaria. Parece que es un remedio eficaz contra los reumatismos que procuran las brumas del Tâmesis.

— Y ese tonel, mi amo, ¿es de aguardiente?

— No, amigo mío, está lleno de oro.

— Eso no apaga la sed.

— ¿De oro? — repitió la vieja maravillada.

— De oro inglés, mujer, ó cosa por el estilo; porque no creo que los señores de Londres se resistan á comprar tan buen remedio... En fin, por ahora no es más que agua.

## VII

## UN NUEVO PADRE

Allí había alquilado un piso pequeño en la Avenida Malakoff, cerca del Bosque de Bolonia, en el cual piso, y durante unos ocho meses, el viejo Akmet no hizo más que muy raras y cortas apariciones.

Andaba siempre de Ceca en Meca, unas veces en tren, otras embarcado y no pocas en coche. Y ¡cosa extraña! aunque estaba tan pobremente vestido como antes era saludado con profundo respeto y gran reverencia en Berlín, en Londres y en Viena, capitales á las que llegaba casi semanalmente acompañando un convoy de cajas embarcadas en Córcega, y de las que salía poco después sin otro bagaje que una maleta pequeña, el contenido de la cual depositaba luego en las cavas del Banco de Francia, en una caja por él alquilada con tal objeto.

Por fin, como todo llega, llegó también el término de sus peregrinaciones. Estas cesaron el día en que desembarcó todo el mobiliario, tomado en Sartène, mobiliario que adornara en tiempos el que fué cuarto de Ricardo Sabielo. Nada había dejado allí, ni el péndulo monumental, ni el mueble turco que fracturara Enrique. Habíasele metido en la cabeza al hombre que aquellas reliquias habían de servirle en plazo más ó menos remoto.

Durante todo el tiempo que durara la ausencia de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1525 MONTERREY, N.M.L.